

The background of the book cover features a complex network diagram with nodes and connecting lines overlaid on a grayscale image of a person's hair. The text is centered on the cover.

**Fernando
Monacelli**
**Enredados
en Yáñez**



Serie Extensión
Colección Creación Literaria

Enredados en Yáñez

Fernando Monacelli

Enredados en Yáñez



Serie **Extensión**
Colección **Creación Literaria**

Monacelli, Fernando
Enredados en Yáñez / Fernando Monacelli. 1.^a ed. Bahía Blanca:
Editorial de la Universidad Nacional del Sur. Ediuns, 2015.
260 p. 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-655-074-1

1. Novela. I. Título.
CDD A863



Editorial de la Universidad Nacional del Sur
Santiago del Estero 639 - B8000HZK - Bahía Blanca - República Argentina
Tel.: 54-0291-4595173 / Fax: 54-0291-4562499
www.ediuns.uns.edu.ar | ediuns@uns.edu.ar



**Libro
Universitario
Argentino**



**Red de Editoriales de
Universidades Nacionales**

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las Leyes 11723 y 25446.

Foto de tapa: Florencia Cano. www.facebook.com/PHilipepii
Diagramación de tapa e interior: Fabián Luzi

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.
Impreso en la Editorial de la Universidad Nacional del Sur.
Bahía Blanca, Argentina, noviembre de 2015

© 2015 Ediuns.

A mis perros.

I

«Te busqué después de tantos años para que me digas si me volví loco. Si me preguntás, sé que estoy muy mal, pero chiflado no creo. Aunque mi opinión no me alcanza. Dicen que la locura se esconde del loco».

Así volvió Carita a mi vida. Releí el mensaje y apenas encajé esa aparición en mi presente le respondí que en una semana tenía que viajar a Buenos Aires y que entonces nos veríamos y, por supuesto, podría contarme lo que quisiera. «¡Qué alegría oír de vos!», agregué al texto, como una fórmula de cierre, y seguí mirando mi Facebook, un poco confundido por la irrupción de ese fantasma de mi adolescencia. Al cabo de un rato, me enganché con una serie de fotos de Tomás que habían subido al grupo de su club y dejé de pensar en Carita, como en los últimos... ¿cuántos?, ¿mil años?

El lunes siguiente viajé al seminario de dos días sobre «Todas las respuestas para el periodismo y las nuevas tecnologías», y al salir de la primera exposición, «Cómo atrapar una identidad que no se queda quieta», le mandé a

Carita un mensaje, también por el chat. «Estoy acá, abrazo». Respondió de inmediato, como si hubiera vivido pegado a su pantalla desde la última vez que habíamos cruzado mensajes. «Marcelo T. de Alvear 2550. 4 piso. Dto. 18. No me muevo».

Era cerca. Yo me alojaba en el Crillón, donde también se dictaba el curso, así que apenas tenía que subir a la habitación, sacarme el traje y caminar por Santa Fe unas quince cuadras, algunas más por Larrea, doblar en la esquina y estaría en la puerta de su edificio. Casi podía recrear mentalmente las cuadras próximas a su departamento. Carita vivía en mi antiguo barrio de estudiante. Yo no había pisado esa zona desde que me recibí y volví a Bahía Blanca, por lo que me encontraba en una clave de entusiasmo y ansiedad, una sensación de espía disfrazado en mi identidad adulta, como si estuviera regresando de incógnito a mi pasado. Vería cómo andaba todo sin que nadie me reconociera; obviamente, nadie lo haría, pero en materia de sensaciones todo fue tan real como si efectivamente el quiosquero de Azcuénaga, el almacenero, el de las fotocopias, la mujer de las medialunas de grasa o, incluso, el cura del Carmelo —nunca fui a misa en los cinco años que viví cerca de esa Iglesia— pudieran saltarme encima para decirme «perdido, te fuiste sin avisar y nunca más diste señales de vida, nadie desaparece así, sin dejar rastros, nadie se va sin interesarse al menos un poco por lo que deja atrás».

Caminé por Santa Fe sabiendo que solo había embarcado mi cabeza en un juego para pasar las cuadras, aunque una vez que crucé Uriburu me encontré con que todo era demasiado parecido a mi recuerdo y la imaginación dejó lugar a un golpe de realidad. Salvo por la gente, que parecía degradada, el resto casi no había cambiado. El mismo ruido de autos y

de colectivos, el humo, el olor a encierro en la calle, incluso algunos negocios estaban idénticos. Tanta familiaridad me produjo inquietud; no me esperaba un regreso verdadero. Me sacudí la cabeza de estupideces y toqué el portero eléctrico. Desde algún sitio apareció el encargado. Carita le había pedido que me hiciera pasar, ¿era yo, verdad, el amigo del señor Zevallos? Dije que sí y me hizo un gesto que me pareció entre la resignación y la pena. Subí.

Carita abrió la puerta, seguramente atento al ruido del ascensor, y comenzó a deshacerse en disculpas apenas pisé el pasillo. Que lo perdonara, lo había pensado mejor y no tenía nada que ver lo que me había pedido, ¿por qué tenía yo que aguantarme sus problemas?, ¿quién era él para pedirme semejante burrada?, pero qué alegría que no lo hubiera rechazado, se habría sentido muy mal, peor incluso de lo que se sentía. Me hablaba con medio cuerpo asomado a la puerta. Unos minutos después, yo le estaba diciendo que saldría a la calle a comprar algo para comer.

—Cambiate que ya vuelvo —le dije.

Le hablé casi sin mirarlo por una mezcla de vergüenza ajena, incomodidad y lástima. Apenas había entrado a su departamento, supe que mi antiguo compañero del Colegio Nacional estaba loco sin remedio. Después de pedirme disculpas, me había atrapado con un abrazo muy largo y un llanto repentino, para volver a disculparse y enseguida abrazarme de nuevo, y así varias veces, mientras me daba las gracias por acudir a su llamado y me decía que yo estaba igual que hacía veintinueve años, sin pelo, pero igualito que la madrugada del 2 de diciembre de 1984, en la puerta de su casa, cuando nos habíamos visto por última vez, ¿me acordaba?, la noche de la despedida. Le contesté que me acordaba pero que no

era cierto. El tiempo nos había pasado por arriba a todos. Me dijo que a mí no, y volvió a llorar y a disculparse, hasta que se consoló a sí mismo. Era suficiente nostalgia, se pasó la mano por la cara y me invitó a pasar a un living oscuro, con olor a encierro y a humedad, donde todo estaba casi en su lugar, pero a la vez desordenado, con ese deterioro que ocurre cuando las cosas se desacomodan solas, por la no vida. En Carita, en su cuerpo, el deterioro se mostraba, en cambio, mucho más explosivo que en su entorno. Su aspecto no era un dibujo de las huellas del tiempo, ni siquiera de un tiempo muy árido. Algo lo había arrasado. Carita era los restos de una especie de evento de extinción. En las cosas que lo rodeaban podía notarse ese transcurrir que horada; en mi viejo compañero, lo que saltaba a la vista era un impacto directo, el efecto de un solo golpe brutal, un pico de tensión descomunamente alto. Pesaría unos cuarenta kilos —menos, sin duda, que cuando lo conocí en primer año del colegio—, estaba entre pálido y amarillo, los pelos estallados de remolinos y mugre, la cara cubierta por una barba olvidada y los ojos en permanente gesto de asombro espantado. Además, Carita me había recibido completamente desnudo. De hecho, en toda la andanada del comienzo, mi antiguo compañero no llevaba siquiera medias, y no creo que él se hubiera dado cuenta sino hasta que le dije que se vistiera, que yo salía a buscar algo para comer.

—Tenés razón, perdoname —se avergonzó con ademanes alterados—. Demasiado tiempo solo, ¿sabés?

De todas las excusas que podía usar para huir de allí, elegí la peor. Si no hubiera mencionado la palabra «comer», muy probablemente no habría regresado, pero Carita era piel y huesos y la idea de darle comida se me instaló durante los

primeros minutos (cuando todavía tenía oportunidad de olvidarme del asunto) como un imperativo mucho más demandante que oírlo o ayudarlo en cualquier otro sentido.

Así que al mismo tiempo que pensaba en salir corriendo lo más lejos posible de semejante loco en bolas, supe que regresaría a escucharlo, solo para darle algo de comer. En el trayecto, por supuesto, me alcanzó la curiosidad y la comida relegó su lugar a mi necesidad de respuestas desnudas, impersonales. ¿Cómo llegaba alguien a donde había llegado Carita? Volví con empanadas y una Coca, pensando que tendría que evitar mi ansiedad, porque Carita quería contarme una historia para que le dijera si estaba loco y yo, francamente, solo quería oír su historia para saber cómo alguien se volvía loco.